

Baker, el Ambicioso de la Silla Eléctrica

Al filo de la media noche del 27 de diciembre de 1930, dos conductores de un silencioso camión tocaron el timbre de la puerta principal de los Grandes Laboratorios Guggenheim, en la ciudad de Nueva York. Aquel camión estaba cargado de artículos para la planta, de productos químicos.

Les abrió la puerta un hombre joven, con una linterna, un rol de sereno en la mano y unas llaves.

Los conductores del camión preguntaron por Harry Garr, el sereno de siempre, y les dijeron que se había sentido enfermo temprano y se había ido para su casa.

Creyendo los changadores que el joven era un sustituto del sereno, lo siguieron al laboratorio. De repente el mozo giró repentinamente con un revólver en la mano y ordenó a los dos hombres que se sentaran en una oficina pequeña.

En un abrir y cerrar de ojos, los amarraron fuertemente a las sillas y el mozo les anunció con calma que tenía la intención de robarles y darles muerte a los dos.

Uno de los conductores imploró tan desesperadamente por su vida, diciendo que tenía mujer e hijos, de quienes era el único sostén, que el joven del revólver se apadó.

—Bueno — les dijo entonces — denme todo el dinero que tengan para escapar y les perdonaré la vida. Hagan de cuenta que han vuelto a nacer, porque hasta yo los daba por muertos.

Luego cerró la puerta de la planta de los laboratorios y desapareció en la oscuridad de la noche.

Los conductores del camión trataron de desatarse de las ligaduras que los tenían como soldados a las sillas. Después de casi una hora de forcejear, uno pudo zafarse y libérralo a su compañero. Los dos corrieron desesperadamente a la calle y llamaron a gritos a un vigilante.

Este escuchó con calma la historia del robo y las amenazas de muerte y luego penetró en el laboratorio seguido de los dos conductores que avanzaban temblando paso a paso.

El vigilante exploró a tientas la pared, descubrió una llave eléctrica e inundó de luz el laboratorio. Al penetrar a una antecámara pequeña, vio un horrible espectáculo. En el centro de la habitación estaba el cadáver de Garr, el sereno, amarrado a una silla y cubierto en parte con hojas arrancadas de la guía del teléfono.

El policía corrió, entonces, al teléfono y dio a la estación central de policía de Nueva York, el primer informe del que sería luego el crimen más sensacional que registran los anales de la criminalidad moderna.

Inmediatamente llegó al lugar del suceso un piquete de detectives.

En una mesita cerca del cadáver, quedaban restos de una comida liviana: unos sandwiches y café con leche. En una taza de porcelana había residuos de una fuerte dosis de cianuro de potasio. En el piso de la pequeña oficina había un revólver, cuya boca estaba cubierta de substancia pastosa, como moco, una mezcla de cianuro y café. El cañón mostraba indicios de haber sido metido a la fuerza en la garganta del sereno. El examen de la garganta de Garr, reveló que la piel estaba desgarrada en la boca por el punto de mira del revólver.

Las sospechas recayeron inmediatamente sobre algún empleado de Laboratorio o alguna persona allegada, porque Garr tenía fama de no dejar entrar desconocidos en los Laboratorios durante las horas de la noche. Se descontó que pudiera haber entrado por alguna ventana o puerta del sótano, pues todo el edificio estaba protegido por alarmas eléctricas contra ladrones.

Los conductores del camión examinaron las fotografías de todos los empleados y del montón escogieron una que se parecía al que los había asaltado. El retrato era de un joven llamado James Baker, ex empleado de la fábrica.

Los detectives averiguaron por medio del capataz del Laboratorio que Baker vivía en una casa de vecindad en la calle 167 East de Nueva York, y ha-

cia allí corrieron, sólo para descubrir que el pájaro había volado.

La habitación ofrecía pruebas de ser el albergue de un loco degenerado. En un laboratorio en miniatura había infinidad de frascos de veneno, y en las paredes fotografías eróticas homosexuales.

Los frascos tenían todos etiquetas falsas con nombres de bebidas corrientes, y en la cama había un maniquí de tienda totalmente quemado con cigarrillos y pinchado con alfileres.

Infinidad de vestidos y prendas de mujer llenaban los cajones de los muebles.

Después de aquello, la identificación de Baker como asesino de Garr fue cosa fácil. La taza en la que fueron mezclados el cianuro y el café mostraba evidentes huellas digitales que coincidían con las de James Baker.

Transcurrieron días, semanas, meses y recién al cabo de un año, cuando ya parecía que el crimen estaba a punto de perderse en el olvido, cambió la situación.

A fines del mes de enero de 1932, el policía judicial Thomas Smith, de la fiscalía de Nueva York, fue enviado a Detroit para conducir un reo.

Hallándose Smith en el recinto de detectives de Detroit, se mencionó que los pesquisas locales no perdían de vista a un hombre contra quien no tenían acusación concreta, pero que debía ser "algo", pues vivía como "esperando que fueran a arrestarlo".

Vive en una finca de las afueras y persigue con ojos depravados a las mujeres, informaron a Smith.

El hombre de Nueva York, en compañía de otro de Detroit, fue sigilosamente al cuchitril donde vivía el sospechoso. Nada encontraron que les llamara la atención, fuera del recorte de un periódico con la fotografía de un hombre, que guardaron como futura referencia.

Cuando el detective judicial regresó a Nueva York entregó el recorte a la policía secreta.

Era un retrato del buscado James Baker (a) "Texas Jim", el diabólico matador del sereno Garr. Inmediatamente notificaron a la policía de Detroit que se apoderara de él, vivo o muerto.

Esa misma tarde sin dificultad alguna fue detenido Baker, que iba persiguiendo a una

criatura vendedora de caramelos, alegre y despreocupado, como si su conciencia fuera la de un hombre justo.

Hasta parecía contento de haber caído en poder de la policía, y bromecía con los pesquisas.

Sentado en la jefatura de policía de Detroit, narró detalladamente cómo había dado muerte de Garr, y refirió su itinerario después del asesinato.

Les había quitado unos cuantos dólares a los hombres del camión y con ese dinero se escondió una cuantas semanas en una casa de huéspedes de New Jersey, y cuando amainó un poco la persecución, se trasladó a Detroit y se conchabó de mozo de labranza en una finca de las afueras, donde vivió hasta el día de su detención.

Los detectives Horey y Fitzpatrick, de la brigada "Homicidios" de Nueva York, fueron enviados a Detroit para traer a Baker a la isla de Manhattan. Los dos detectives salvaron sus vidas y frustraron la fuga de aquel endiablado asesino, al registrarlo por segundo vez cuando ya estaba el tren en marcha.

—¿Cuál no sería el asombro de los detectives, al descubrir en poder del detenido un revólver cargado y un cuchillo de caza de siete pulgadas?

De qué manera obtuvo Baker aquellas armas es todavía un misterio, pues había sido registrado cuidadosamente antes de ser entregado a los detectives de Nueva York.

El preso confesó francamente que había pensado matar a los dos guardianes, pero se negó terminantemente a informar cómo había entrado en posesión del revólver y del cuchillo.

Baker sonrió cuando lo condujeron a presencia del jefe de policía de Nueva York, y sentado cómodamente en un sillón de cuero, después de pedir un cigarrillo, como detalladamente la muerte del sereno. Contó con sinceridad asombrosa cómo había hecho una amigable visita a Garr y cómo charlaron un largo rato sobre la vida de las girls de los teatros. Luego sorprendió a Garr y lo obligó a beberse tres tazas de café en las que había volado cianuro. Ninguna de las tres veces — confesó el criminal — el sereno pudo retener el brebaje, al verlo cual, lo amarró fuertemente a una silla y con la culata del revólver rompió un trozo de cianuro en pedazos pequeños e

LUIS W. LARSEN

introdujo uno de esos pedazos en la boca de Garr, luego con el cañón del revólver logró que se los tragara. Esta vez para impedir que arrojará el veneno le meti una gorra en la boca y me puse a verlo morir. Garr chillaba y anllaba, pero yo sa-

FOR

bía que sus gritos eran inútiles, pues el laboratorio está construido a prueba de ruidos por los experimentos delicados que en él se practican. Cuando acababa de morir Garr sonó el timbre de la puerta y yo... El jefe cortó el étnico relato

del asesino porque la policía ya sabía lo demás.

Según Baker, el deseo de ver sufrir a su víctima fué el único móvil de su crimen. No tenía ningún rencor personal contra Garr, ni deseo de robarle. Solamente quiso ver padecer al pobre sereno.

Para demostrar su fuerza muscular, que amarraba tan poderosamente a los hombres y sobre la cual los detectives ha-

bían hecho tantos comentarios, Baker tomó el libro de teléfonos de Nueva York y lo rompió en dos con sus manzanas enormes, regando el piso de la jefatura con las hojas soltadas.

Recordaron entonces los policías que cuando fué descubierto el cadáver de Garr, se hallaba cubierto con hojas de una guía telefónica. El asesinato resultó el más valioso testigo del Estado contra sí mismo.

Consideraba su crimen feo, como una hazaña que lo daría un puesto de honor en el templo del crimen.

Fuó juzgado por el magistrado Mett y cuando su abogado pidió la pena de reclusión por ser homicida en segundo grado, Baker se levantó furioso y exigió la pena de muerte. La silla eléctrica! La silla eléctrica!, gritaba, mientras los guardianes lo arrastraban.

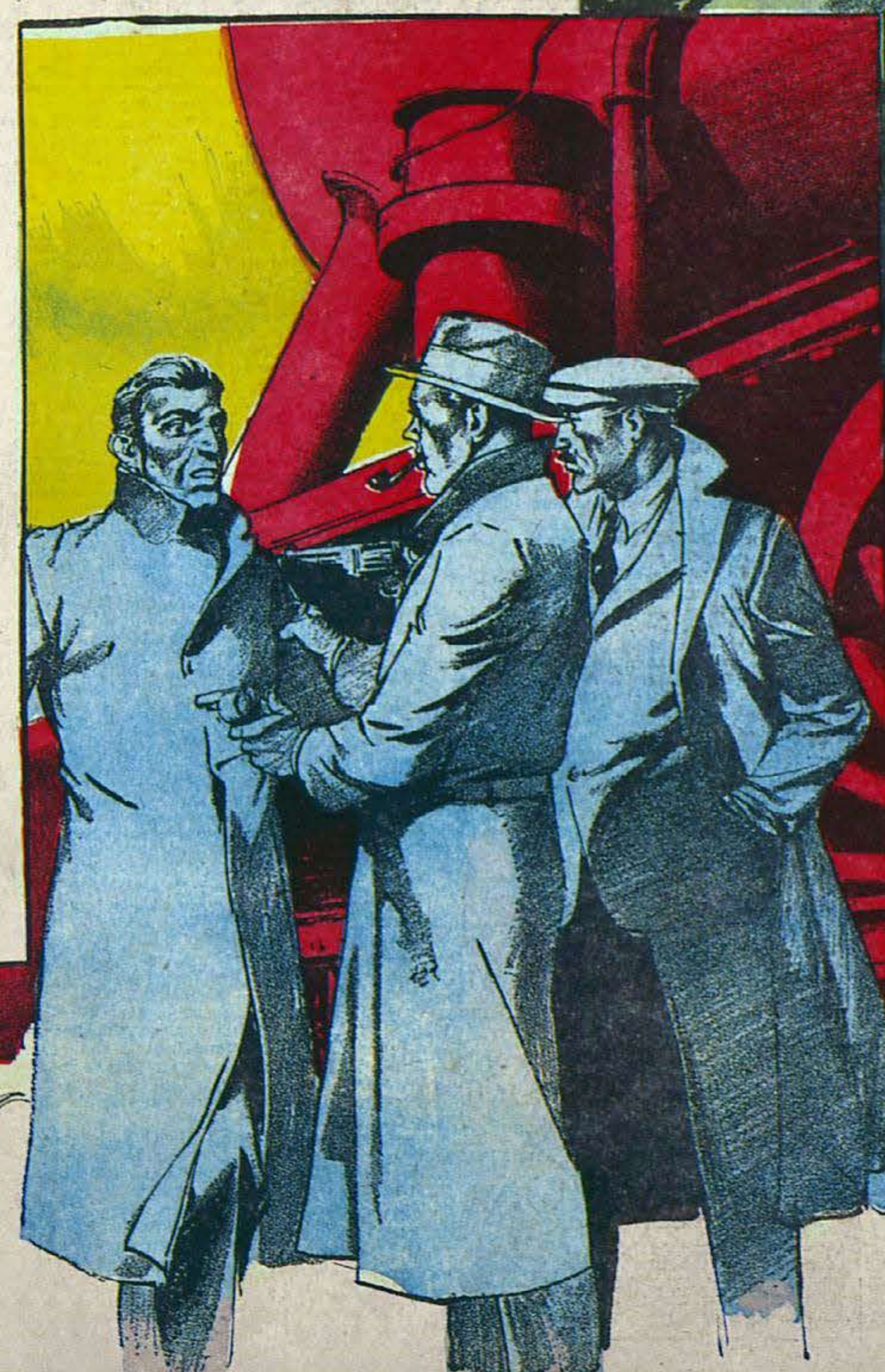


Ilustración de
PREMIANI

por AMADEO A. COUREL

Ilustración de PASCUAL GUIDA

CUANDO Fernández terminó de transportar hasta el ribazo la carga del bote, exhaló un suspiro de alivio. Después, a fuerza de puños, varó la embarcación sobre los menudos guijarros de la playa...

Martin Fernández se sintió más feo y falló después de la faena realizada. Esta satisfacción era compartida también por los perros Bruno y Flip...

Pocos viajes realizó Fernández desde el ribazo hasta la zona para transportar la carga. Tres cajones de sarnifugo, tabaco, víveres secos, municiones...

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás, sino que poseía condiciones excepcionales para aquel género de vida.

Cuando terminó de transportar todo a la cabaña, encendió la chimenea, practicada en la misma base del cerro...

Pocas eran las necesidades del solitario poblador. En consecuencia, las manifestaciones de su avaricia eran de lo más sobrio y primitivo.

Algunos detalles acusaban, no obstante, ciertos gustos refinados de un avaricioso en lo más sobrio y primitivo. Una cama de cueros de oveja...



puede aclararse el punto explicando que se trataba del regalo de un escocés, capitán de un barco, que Fernández recogió borracho perdido una noche...

El agradable olor de la carne asada invadía totalmente el interior de la cabaña a tiempo que Fernández terminaba de acomodar. Desenvainó el cuchillo...

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás...

En el West Side, un distrito de ladrillos rojos, existe un grupo de habitantes inquietos, inciertos nómades de corazón y de sentimientos...

Una noche, llegó a esta población, un joven forastero, que permaneció largo rato llamando sucesivamente en varias de aquellas "mansiones" rojas...

El preguntó si había alguna pieza disponible. —Pase —dijo la mujer—. Tengo un cuarto en el tercer piso...

—Esta es la pieza —dijo la dueña de casa—. Es muy bonita. Casi nunca está desocupada. El agua está al final del corredor...

—Hay mucha gente de teatro hospedada aquí, preguntó el joven. —¡Oh! Ellos van y vienen. Casi todos mis huéspedes están relacionados con el teatro...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

—No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de habitación. No tengo idea de quién pueda ser...

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

marinera que sacó de una bolsa coigada del tabique. De cuando en cuando le pegaba algún beso a la botella del whisky...

Mientras comía, evocaba Fernández, su vida pasada. Una madrugada, ya hacía algunos años, se encontraba en Rivadavia y Callao...

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás...

parte de aquella ciudad grande y aturdida. Desde que abandonara el hogar, no la había vuelto a ver.

Se reclinó, cansado, en una silla, echando una ojeada a su alrededor. Sobre el papel chillón de la pared...

El preguntó si había alguna pieza disponible. —Pase —dijo la mujer—. Tengo un cuarto en el tercer piso...

—Esta es la pieza —dijo la dueña de casa—. Es muy bonita. Casi nunca está desocupada. El agua está al final del corredor...

—Hay mucha gente de teatro hospedada aquí, preguntó el joven. —¡Oh! Ellos van y vienen. Casi todos mis huéspedes están relacionados con el teatro...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

—No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de habitación. No tengo idea de quién pueda ser...

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

sienten bravos cuando sienten que han de sujetarlos. Lo subrayaban los tangos cantados con tono quejumbroso...

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás...

El preguntó si había alguna pieza disponible. —Pase —dijo la mujer—. Tengo un cuarto en el tercer piso...

—Esta es la pieza —dijo la dueña de casa—. Es muy bonita. Casi nunca está desocupada. El agua está al final del corredor...

—Hay mucha gente de teatro hospedada aquí, preguntó el joven. —¡Oh! Ellos van y vienen. Casi todos mis huéspedes están relacionados con el teatro...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

—No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de habitación. No tengo idea de quién pueda ser...

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

rubios, trataba de che al lustrabotas y al chófer, sabía boxear, remar y ponerse triste y agresivo, indistintamente...

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás...

El preguntó si había alguna pieza disponible. —Pase —dijo la mujer—. Tengo un cuarto en el tercer piso...

—Esta es la pieza —dijo la dueña de casa—. Es muy bonita. Casi nunca está desocupada. El agua está al final del corredor...

—Hay mucha gente de teatro hospedada aquí, preguntó el joven. —¡Oh! Ellos van y vienen. Casi todos mis huéspedes están relacionados con el teatro...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

—No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de habitación. No tengo idea de quién pueda ser...

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

El servicio de guardia de cárcel lo aburría bien pronto. Decididamente él no servía para pasearse con un fusil al hombro...

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás...

El preguntó si había alguna pieza disponible. —Pase —dijo la mujer—. Tengo un cuarto en el tercer piso...

—Esta es la pieza —dijo la dueña de casa—. Es muy bonita. Casi nunca está desocupada. El agua está al final del corredor...

—Hay mucha gente de teatro hospedada aquí, preguntó el joven. —¡Oh! Ellos van y vienen. Casi todos mis huéspedes están relacionados con el teatro...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

—No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de habitación. No tengo idea de quién pueda ser...

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

Desde Tacna hasta Cabo de Hornos no hubo remolenda donde Fernández no danzara, ni boliche donde no hubiera probado la capacidad de los vasos...

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás...

El preguntó si había alguna pieza disponible. —Pase —dijo la mujer—. Tengo un cuarto en el tercer piso...

—Esta es la pieza —dijo la dueña de casa—. Es muy bonita. Casi nunca está desocupada. El agua está al final del corredor...

—Hay mucha gente de teatro hospedada aquí, preguntó el joven. —¡Oh! Ellos van y vienen. Casi todos mis huéspedes están relacionados con el teatro...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

—No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de habitación. No tengo idea de quién pueda ser...

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

trabajando de peón y adquiriendo baqueta en el oficio de ovejero. Por último, se internó por las gargantas del Lago Argentino...

Renovado totalmente, el hombre se sintió otro. Llegó a recordar con lástima a los pobres tipos que corren por el asfalto para treparse a los tranvías...

Texto de la carta confidencial y en clave que el presidente de la Compañía Ganadera Forestal recibió de su administrador general en Magallanes...

El hombre es irreductible, y como es preparado, también es peligroso. No sería difícil que si sólo no se conformara con su actual concesión...

Desde Tacna hasta Cabo de Hornos no hubo remolenda donde Fernández no danzara, ni boliche donde no hubiera probado la capacidad de los vasos...

El trabajo era duro, casi sobrehumano para un hombre solo; pero Fernández no era un hombre como los demás...

El preguntó si había alguna pieza disponible. —Pase —dijo la mujer—. Tengo un cuarto en el tercer piso...

—Esta es la pieza —dijo la dueña de casa—. Es muy bonita. Casi nunca está desocupada. El agua está al final del corredor...

—Hay mucha gente de teatro hospedada aquí, preguntó el joven. —¡Oh! Ellos van y vienen. Casi todos mis huéspedes están relacionados con el teatro...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

—No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de habitación. No tengo idea de quién pueda ser...

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

El hombre tomó la pieza, pagando una semana adelantada. Estaba cansado, dijo, y deseaba ocuparla en seguida...

—Una jovencita —Miss Vashner... —Miss Elote Vashner... Ud. no recordaría de haber oído este nombre entre algunos de sus pensiónistas?

—No. No recuerdo ese nombre. La gente de teatro cambia de nombre como de habitación. No tengo idea de quién pueda ser...

No. Siempre no. Cinco meses de continua búsqueda y siempre la misma contestación. De día interrogaba a los gerentes, a los empresarios de teatros...

LA PIEZA AMUEBLADA

EN el West Side, un distrito de ladrillos rojos, existe un grupo de habitantes inquietos, inciertos nómades de corazón y de sentimientos...

parte de aquella ciudad grande y aturdida. Desde que abandonara el hogar, no la había vuelto a ver. Se reclinó, cansado, en una silla...

gible. El hombre dió un grito. Le pareció que alguien lo había llamado. —¿Qué, querida? — preguntó, mirando ansiosamente en torno...

mento y lo aplastó con el taco. Encontró muchas cosas más; pero de aquella a quien buscaba y cuyo espíritu parecía flotar en la habitación...

A Fred Thompson le causó alguna extrañeza no encontrar a su amigo Fernández en Bahía Negra en ocasión de realizar la anunciada visita para la parición...

ILUSTRACION DE P. GUIDA

O. HENRY

Museo de la Confusión

En una de las páginas de El Suplemento, del 13 de octubre, explicando las condiciones del personaje de una próxima crónica titulada La tragedia del hombre solo, de la que será responsable Augusto Mario Delfino, hallé lo siguiente: "El nunca fué novio; no sabe lo que es compartir los sueños de una joven, buscar con ella las sombras que engendran la caricia, ser vigilado por una madre celosa, hacer pequeños regalos conmovedores. Jamás, en una esquina, esperó otra cosa que el tranvía..."



En otro poema llamado Cantos de los segadores, dice la bardesa:

Los segadores cantan
Con la mano en la hoz.
¡Adoremos la espiga!
Si, adoremos la espiga, pero
no hasta el punto de meter la
mano en la hoz, la cabeza en
el arado y el tórax bajo el ras-
trillo.

La poetisa meto la lira nue-
vamente en Hermano Cami-
nante, donde expresa:
Hermano Caminante,
Aquí está mis dos manos,
Tu silla está en mi mesa,
Y al claror de una estrella
partiremos el pan.

Lo único que a mi parecer
podrán partir, si continúan con
la mala costumbre de apilar si-
llas en la mesa, al claror de una
estrella, para deglutir un pedazo
de pan, será una columna
vertebral, ciertos fémures temerarios
y uno que otro cráneo.
Lástima que María Elena no nos
haya enterado si el tenedor se
hallaba sobre la alfombra, los
platos bajo la mesa, la servilleta
colgada en la percha y los
escarabajos en el cielo raso,
para darnos mayor idea sobre el
desarrollo de esa cena.

En el poema Amanecer,
describe la musarela:
Rebaños bebiendo las aguas ca-
tremedias
Donde acaban de bañarse los
astros.
Costumbre mucho más higie-
nica esta que la observada por

En el libro poco manuable,
bautizado Puñado de Agua, por
su autora María Elena Muñoz,
encontré varias festivas produc-
ciones, entre ellas una titulada
Horizonte Marino, entre cuyas
intermitencias dice:

¿Qué has hecho de mi parque?...
¿En dónde están
El derroche de luz y la irrupción
de pájaros?...
¿Dónde has dejado
La arboleda cantora, horizonte
marino?
Cobijado en la noche
Como un ladrón te has ido
Con tu carga preciosa.
Te coroné de estrellas
Te deslumbré de soles
Te entregué mis eclipses, etc.

¿Qué esperaba la poetisa de
Agridada 3721? ¿Que el esbe-
quizado se quedara esperando
aún la ofrenda de círculos máxi-
mos, líneas imaginarias, pun-
tos cardinales, efemérides y
conjunciones?

algunos madeístas acérrimos
que tenían, por norma causal su
sed en la banadera donde acaba-
ba de zambullirse Zoroastro.
Para evitar suspicacias declara-
ré que no soy partidario de nin-
guno de los dos sistemas y que
pocas veces he podido contem-
plar un astro en camiseta, ca-
tálites en paños menores o co-
metas con salida de baño a or-
illas del Maldonado, del balneo
municipal o de otras concur-
ridas piscinas.



En la segunda sección de un
diario de Paraná, que para no
ser confundido con un objeto
cualquiera se titula El Diario,
aparece con fecha 9 de octubre
una crónica sobre Caracteres
singulares de una época: 1880.
Expresa el cronista:

¡Mama y Tata! La mesa a la
oración. El rezo antes de la ce-
na. La tarde que se muere per-
seguida por los balidos de los
terneros que acaban de encerrar-
se y como sahumada por los
aromas que vienen de la selva
donde acaba de llover dulcemen-
te, la lluvia que no se niega al
hombre y al suelo en los días en
que la abundancia es ley de pre-
mio que viene de lo alto, doble-
mente de lo alto, porque la
brinda el cielo y la permite
el juego, el gaucho sabía reprimir
con inusitada energía la menor
trampa efectuada. Descubría,
por ejemplo, un as de bastos de-
trás de la oreja del contrincante

El trabajo sumamente amable
aparte, claro está, de ciertas
discordancias terneriles, casos
aislados en que los gauchos eran
embustidos por algunos bar-
rays y circunstancias algo anor-
males en que los reseros se
veían en la obligación de refu-

¡Mama y Tata! La erudición,
toda la erudición del cronista en
dos nombres.

El dominio del gaucho sobre
el caballo era único. El paisano
salía de madrugada en su flete
en dirección al cottage, de NÁ
Toribia y su medio de comuni-
cación contra todas las reglas
del deslaminamiento comenzaba a
avanzar a lo ancho, iniciaba luego
un trote inglés en sentido
transversal para terminar en un
rápido galope en ascensión rec-
ta, que obligaba al dominador a
sujetar la cabalgadura en la luna
para reponer energías. En el
juego, el gaucho sabía reprimir
con inusitada energía la menor
trampa efectuada. Descubría,
por ejemplo, un as de bastos de-
trás de la oreja del contrincante

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.



¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

¡Mama y Tata! La tradición,
toda la tradición argentina en
dos nombres.

LA MADRINA RARA

POR
JAMES GREENWOOD
ILUSTRACION DE GUEVARA

Un hombre y su esposa se lamentaban, cierto día, de la
desgracia de estar sujetos a la muerte.
—Yo quisiera hacerte amigo de la Muerte, en al-
guna forma — dijo el hombre — y entonces ella no me
molestaría.

—Eso lo puedes conseguir fácilmente — replicó
su esposa. — Invítala a que sea madrina de nuestro hijo, a quien
bautizaremos la próxima semana; así podrás hablarle sobre la cues-
tión que te aflige y seguramente ella no te negará ese pequeño favor.

La Muerte recibió con agrado la invitación y acudió al bautis-
mo. Terminada la fiesta, el hombre le dijo:

—Comadre Muerte: desde el momento en que hay tanta gen-
te en el mundo, para elegir, espero que nunca vendrás por mí.

—Realmente, compadre — replicó la Muerte, — no puedo pro-
meterte tal cosa, pues debo obedecer a lo que Dios me ordena. Sin
embargo, haré lo que pueda y te aseguro que cuando llegue tu tur-
no, te avisaré con una semana de anticipación, para que tengas
tiempo de prepararte.

—Pasaron varios años y por fin llegó la Muerte a la casa del
hombre.

—Buenos noches, compadre — dijo. — Vengo a desempeñar
una comisión ingrata. Tengo orden de llevarte la próxima semana.

—¡Oh, comadre! Has venido muy pronto. En ningún modo me
conviene marchar ahora. Me va muy bien y seré rico dentro de poco
tiempo. Estoy seguro de que podrás subsanar esto, llevando a
otro en mi lugar.

—Lo siento — replicó la Muerte. — Es una orden de Dios y
debo cumplirla. Nadie puede librarse de esta ley y son muy pocos
los que reciben un aviso anticipado, como tú. De todos modos, tra-
taré de hacer lo que me pides y si tengo éxito, no vendré la semana
próxima; pero creo que no hay esperanza. Adiós.

Cuando llegó el día, el hombre estaba completamente aterriza-
do, pues no esperaba salvarse. Entonces su esposa ideó un plan
que se apresuraron ambos a llevar a cabo. Tenían un viejo sirvien-
te negro, en la casa, que se ocupaba de las tareas de cocina. El amo
cambió sus vestidos por los del negro y viceversa. Luego lo mandó
fuera de la casa. En seguida emnegreció su cara y trató en lo po-
sible de parecerse al sirviente.

Al anochecer llegó la Muerte.

—Buenos noches — dijo. — ¿Dónde está mi compadre? Tengo
obligación de llevarlo conmigo.

—¡Oh! — dijo la señora. — El no esperaba que vinieras, y se
ha ido a la aldea a resolver unos asuntos. Tardará en volver.

—Bueno, bueno — dijo la Muerte, fastidiada. — Esto me crea
una situación bastante complicada. Nunca creí que mi compadre
me jugara tan mala pasada, después de lo que hice por él. De todas
maneras, tengo que llevar a alguno. ¿Qué otra persona hay en la
casa?

La mujer se alarmó al oír esto, pues había confiado en que la
Muerte partiera inmediatamente a la aldea en busca del compadre.
Pero luego pensó que sería mejor proceder con diplomacia, y con-
testó:

—Hay solamente un negro, nuestro sirviente, que está prepa-
rando la cena. Quédese a cenar y probablemente mi marido estará
de vuelta a esa hora.

—No puedo detenerme — replicó la Muerte. — Tengo que
hacer un largo viaje y necesito forzosamente llevarme a alguien.
Veamos si tu negro sirve. Y se dirigió a la cocina, en donde el falso
sirviente fingía dedicar toda su atención al fuego.

—Bueno, ya que mi compadre no viene, tendré que llevarme al
negro. — Diciendo ésto, la Muerte extendió su dedo y el hombre
cayó muerto.

Esto demuestra que es, en vano, que un hombre se resista cuando
llega su hora: la astucia de diez mil hombres astutos no bastaría
para salvar a uno.



DANZA MACABRA



ENRIQUETA CELARIE

FUMBAN, en el corazón de África. Antiguamente, una do-
ble cintura de trincheras defendía los alrededores de la
ciudad. Los bamuns la habían cavado después de una ex-
pedición contraria llevada, a cabo por los salvajes fulbés.
Cuando éstos retornaron, se encontraron detenidos por el
doble foso. Quizás, sin embargo, hubieran llegado a ren-
dir a los bamuns por el hambre, porque los bamuns constituyen
una tribu africana sin alma guerrera y no osaban hacer salidas.
Pero, en la ciudad, una mujer había comprendido el peligro.
Se la vió aparecer al borde de una trincheras. En señal de despre-
cio, sin hacer caso de las flechas que llovían, se dió vuelta, mos-
trando al agresor lo que habitualmente llevaba cubierto por el ta-
parrabo. Al mismo tiempo arengaba a los suyos, despertaba sus
impulsos guerreros.

El acto de esta mujer corajudamente impúdica no fué reali-
zado en vano. Los bamuns se echaron sobre los fulbés y los for-
zaron a huir.

N'joya es el sultán de Fumban. Un sultán con fortuna y poder
reducidos, pero que continúa dando audiencias.

El personaje, por otra parte, vale la pena de que uno se mo-
leste. Su padre habitaba una gran choza. El, sin planos, sin ar-
quitectos, se ha hecho construir un palacio a la europea. Los bamuns
no tenían escritura; N'joya ha inventado un alfabeto: ochenta le-
tras, a las que ha agregado cifras, y los bamuns han recibido en-
cantados la reforma.

Pero, no habiéndose agotado con esto su genio, ha querido tener
una religión exclusiva. Los preceptos y las ceremonias los ex-
trajo de religiones ya existentes. Desgraciadamente, como se sabe,
los pueblos son ingratos. El de N'joya ha rehusado este nuevo pre-
sente. Disgustado de trabajar tanto para tan poco resultado, el
sultán de Fumban ha pensado: "Para eso me hago musulmán". Y
ha intimidado a los buenos bamuns para que hicieran lo mismo.

N'joya se nos apareció en el reposo de su jardín; atrás suyo
la fachada de su palacio: una pesada construcción sin armonía, pero
imponente, extraña, bajo la capa brillante y grisácea de resina
que recubre los ladrillos.

Tiene un hermoso turbante, un amplio manto bordado y mar-
cha delante nuestro. Entramos al palacio. Un vestíbulo que tiene
todo el alto de la construcción, oficina de sala del trono. Este está
enteramente bordado de perlas de esas de imitación.

Visiblemente el viejo N'joya está convencido de que posee una
obra de arte. Treinta obreros han trabajado durante tres meses
para fabricar el trono.

Pasamos a otra sala amueblada a la europea. N'joya, a nues-
tro pedido, evoca sus recuerdos. Cuando su padre murió, fué
designado para sucederlo; no era el mayor de la familia, pues no
tenía más que diez años. Los dignatarios que habían sostenido un
rival, quisieron desembarazarse de él. En la choza donde vivía es-
talló un incendio. Sus servidores lo salvaron.

Antiguamente no era una suerte envidiable el ser sultán. Si a
éste le nacía un nieto, era condenado a muerte. Para evitar toda
discusión, se erigió una estatua de sal. Cuando las lluvias la disol-
vían, había llegado para el sultán el momento de morir. N'joya hizo
desaparecer la estatua que lo representaba.

El sultán habla en voz baja, se queja de su autoridad dismi-
nuida. Se fueron ya los tiempos en que, habiéndose fugado cua-
renta de sus mujeres, las hizo perseguir y matar; en que habiendo
conspirado su tutor, lo cubrió de resina, le ató dos cartuchos a la
cintura y lo hizo descender a un agujero lleno de paja encendida.

Estamos en la plaza. Va a tener lugar un simulacro de la par-
tida de los guerreros, como se hacía, antaño.

Al principio aparecen algunos al galope de sus cabalgaduras,
marchando en grupos de cuatro. Sus lanzas arrojan fuertes refle-
jos. Alrededor de ellos, las mujeres y los niños forman un círculo.
Después vienen los bailarines. Sus frentes están cubiertas de una
máscara de madera, que les hace como dos cabezas de rostros de
tinieblas igualmente misteriosas. Cada máscara es simbólica. Una
representa la horca; tiene como brazos que llevan figurillas, repre-
sando los ahorcados, y a su lado, las aves carniceras que los de-
voran. Otras simulan cabezas de muerto, cabezas recias y sin em-
bargo frágiles, que rien de un modo repugnante. De pronto co-
mienza la danza, especie de agitación macabra y enloquecida, com-
puesta de pasos en memoria de los jefes que fueron muertos y de
cantos salvajes. Solamente los bamuns tienen derecho a ejecutar esta
danza de la muerte. Nos alejamos, mientras al sordo compás de los
tam-tams, los negros siguen cantando:

"¡Dí, cautivo! ¿dónde está tu país? Tu país no está aquí. Cuando
yo veo un cautivo, tengo que matarlo".

Cae la noche sobre Fumban. Y los tam-tams siguen su redó-
blar opaco y terrorífico.

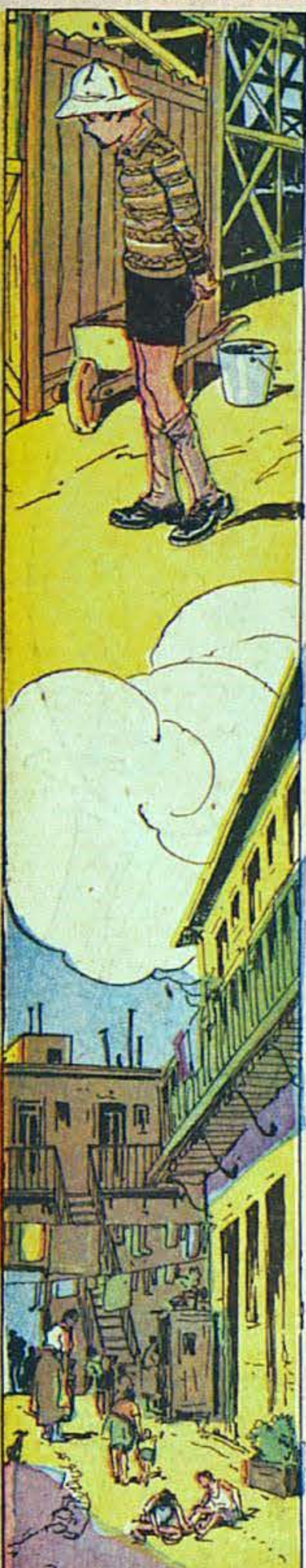
El Nuevo Rico



Cuatro Dramas

El Destino Armonioso Se levantaba apenas unas seis cuartas del suelo. Tendría siete años de edad. Era pálido y delgado. Vestía siempre la misma ropa. Y su actitud era invariable. Se paseaba por el sol, despaesadamente, con la cabeza gacha y las manos tomadas atrás. El sombrero de brin blanco dejaba caer sus alas y las medias descuidadas acentuaban la expresión de su tedio. Iba y venía por la vereda, sin atender a lo que ocurría a su alrededor. Solía detenerse frente a una casa en construcción y era esa la única oportunidad que yo conocía de verle con la cabeza levantada. Permanecía horas contemplando, sin un gesto, el trabajo de los hombres en los andamios. Su rostro no trasuntaba pensamiento alguno. La mirada, como fatigada, se subrayaba con las ojeras prematuras. Yo era un poco mayor que él, y su presencia, sin embargo, me inquietaba. Nunca pretendía ser su amigo. Algo de su expresión natural me decía que no era posible unirse a su espíritu. Lo contemplaba con curiosidad y tal vez con algo de admiración. Me atraía, seguramente, el misterio de su actitud impenetrable. Prescinda de nosotros con absoluta sencillez. No se acercaba nunca a nuestro grupo. Y si lo hacía, por excepción, era cuando nos aplicábamos a un juego metódico, dividido en movimientos de serie, en cuyo caso parecía complacerse en comprobar cómo las diversas acciones cumplían una finalidad prevista para formar un todo armonioso. Terminado el juego, la algababía consiguiendo lo encontraba ya lejos, en su invariable actitud reposada. Por enfermizo, según creo, nunca fue a la escuela. No se molestaba tampoco, al parecer, por adquirir conocimientos prácticos. Cierta vez, alguien se puso a la tarea de relatar una larga fábula, en cuyo desarrollo aparecían seres imaginarios. Yo vi acercarse al taciturno y aplicar su atención celosamente al relato. Por primera vez me fue dado ver animarse sus facciones. Todo su rostro había cobrado inusitada vivacidad. Las andanzas de los seres imaginarios del relato progresaban en intensidad absurda y el pequeño seguía con avidez creciente las transformaciones que se operaban. Pero cuando la narración comenzó a conformarse a las exigencias de una moraleja vulgar y mezquina, para lo cual necesitaba asirse a la realidad podando los excesos imaginativos, una profunda decepción volvió a dar a su rostro la tediosa expresión habitual. Con las manos tomadas a la espalda y con el sombrero blanco apilado sobre su cabeza, lo vi alejarse de nuevo, con su paso demudado. Era como si lo hubieran defraudado en alguna íntima esperanza de redención. Así ocurrió un día y otro. Por las mañanas, paseándose al sol, y por las tardes, sentado en el umbral de cualquier puerta de la vecindad, parecía ausente del mundo. Yo me paré junto a la puerta de su casa, el día en que lo sacaron encerrado en un cajoncito blanco. No sentí ningún dolor. Me pareció, más bien, que así se cumplía un dulce y armonioso destino. Hasta sentí envidia. Nacer con un secreto, como él, con un secreto íntimo e indescifrable, y llevarlo así, rápidamente, al seno de Dios, antes de que la sociedad de la vida lo alcanzara, me parecía una gracia sólo concedida a los elegidos. Y cuando el cortejo fúnebre partió, breve y desgastado, me sentí vacío y absurdo y vi ante mí al camino fatigoso que me tocaría recorrer, acaso por largos años, sin ese secreto que me singularizara y diera a mi vida un contenido propio e insobornable. ¡Tan estúpida me pareció mi existencia, que ni siquiera hallaba una razón para morir!

Por Roberto A. Ortelli
Ilustración de Pedro Rojas



El Alma Desteñida El pedazo de cielo que se recorta sobre el patio de una casa de departamentos, es un hecho que, en la vida moderna, tiene insospechada trascendencia. Si no existiera, es posible que los hombres encerrados en esas casas mostrarán el espíritu mustio como las plantas a las que se pretende mantenerlas absurdamente bajo techo. Y seguramente las mujeres perderían la vivacidad de sus ojos y la profundidad sugestiva de sus miradas. Perderían de tal modo el sentido de la distancia que sólo podrían pensar en las cosas inmediatas, incapaces de alejarse de sí mismos, y la imaginación perdería asfixiada. Pegarían sus narices a las cosas, usarían gruesos lentes y desarrollarían sus manos de modo fabuloso, porque a sus sentidos les faltaría el complemento ideal y básico de la lealtad imaginativa. Sólo aquel pedazo de cielo que se recorta en la altura, surcado a veces por el volumen sensual de una nube blanca, humaniza sus gestos y les procura la medida gloriosa de la infinitud. La distancia y la ilusión, lo absoluto y lo inabisible, acusan la medida exacta y miserable de lo que se ofrece a su alcance. Por ese pedazo de cielo azul asoma la presencia de Dios y va hacia ellas la gracia divina. El corazón oprimido y el espíritu encadenado, se redimen por ese pedazo de cielo azul. Ni el lenguaje del amor, ni la solemnidad de la muerte, ni el dolor substancial del nacimiento, ni el gesto absurdo del vivir, podrían alcanzar su profundidad gloriosa sin la presencia de ese cuadrado altísimo. ¡Ay de aquellos en cuya casa no haya cielo! Sus dolores no tendrán eco, será opaco el latido de sus corazones, no tendrán amparo en su fracaso y se irán de la vida con el alma desteñida y el pecho vacío.

Un Crimen Imaginario La emoción que me produjo la lectura de aquella noticia de policía, vulgar y espeluznante, fue algo verdaderamente absurdo. El crimen de aquel desgraciado —yo no sé por qué extraño proceso mental— me pareció no de una manera tan absoluta que ese acto de leer lo creí incierto y consecuencia de mi crimen. Pensé que, en realidad, yo había cometido, con mis propias manos, el asesinato atroz que relataba el diario y que en ese momento, en la subversión que produjera en mí la comisión de tan horrendo delito, soñaba estar leyendo las referencias minuciosas del mismo. ¡Buscaba con doloroso empeño mi nombre a lo largo de la crónica! Y detalles que yo no hubiese percibido en la ejecución alucinante. Sentía palpar mi corazón con ritmo tumultuoso, la sangre acudía a mi rostro; las manos me temblaban y la mirada se oscurecía. Algo pugnaba en mí para devolver mis emociones a su curso normal. Pero la agitación íntima aumentaba y el diario vacilaba en mis manos mientras los ojos recorrían con avidez sus columnas, en una carrera incierta en la que iba formando mi propia acusación irrefragable. Yo había estado sentado en aquel paseo, junto al lago, y había contemplado a la pareja entregada a sus ocultos juegos de amor. Y mi soledad me inspiró absurdas acciones. Obsesivamente, atendiendo los detalles más minuciosos, medité un drama brutal. Es más: lo ejecuté. Vi los rostros contrae de espanto y los cuerpos rodar por tierra ensangrentados. Y mis ropas desgarradas en la lucha empeñosa. Luego de ello, una gran tranquilidad se había posesionado de mí. Al volver hacia el centro de la ciudad, sentí mi espíritu ágil y dispuesto. Por la noche estuve en un baile e hice gala del mejor humor. Y ahora venía ese diario a ponerme de nuevo en la realidad pavorosa de mi delito. Pero no. El recuerdo de los momentos vividos el día anterior, luego de haber cometido mentalmente mi crimen, cumplió la tarea de devolverme a la realidad. Y entonces fue intensa la satisfacción que experimenté. No por la comprobación de mi absoluta inculpabilidad legal. No. Es que el crimen tramado por mí se había cometido, a pesar de mi pasividad y contra mi inercia, que lo hablaré proyectándose en el tiempo y vibrando en mi ánimo cobarde. Había pasado, entonces, a la categoría pacífica de hecho consumado y mi espíritu estaba libre de su engendro pavoroso.

Dolor y Muerte Cuando el médico jefe entró a la sala, aquella mañana, vistiendo su impecable delantal blanco, todos los enfermos estábamos bajo la impresión del grito doloroso, obsesante del 19, un viejo a quien habían internado la noche anterior. El médico se acercó a mi cama: —¿Ha gritado así toda la noche? — Un gesto de compasión tomó expresión en su rostro. Fue hacia la cama señalada con el No. 19. —¿Duele mucho, viejo? — El 19 estaba sentado en la cama, todo encogido, con la cabeza entre las rodillas. —Mucho, doctor! — Bueno, no te quejés más. Ahora te voy a hacer dar una inyección y te pasará—. Lo palmó en la espalda, suavemente, y salió de la sala. Poco después vino el cabo enfermero y aplicó al 19, evidentemente por disposición del médico jefe, una inyección de morfina. Por el momento, cesaron los gritos y fue posible cambiar algunas palabras de cama a cama, comentando la excelente disposición del médico jefe. Pero en seguida se extinguió el efecto anestésico y el pobre viejo de la cama No. 19 volvió a sus lamentaciones y a sus gritos. No había transcurrido media hora cuando volvió a aparecer el médico jefe. Dura y visible contrariedad sufrió su ánimo al tropezar de nuevo con los gritos del 19. Volvió a acudir a mí: —¿Estuvo el cabo? — Sí, doctor; y le aplicó una inyección. —¿Y ha gritado de nuevo, enseguida? — El médico jefe se fue hacia la cama No. 19. —¿De qué te quejás, viejo de porra? ¡Si no te callás inmediatamente te voy a hacer sacar de la sala! ¿Has oído? ¿O te crees que vas a tener a los enfermos pendientes de tus maitas? — El viejo de la cama No. 19 se limitó a mirar al médico jefe con la única mirada que podían dar sus ojos en ese momento. Demacrado y abatido, atravesado por ese dolor agudo, sus ojos estaban secos y vidriosos: habían llorado demasiado. El médico jefe se alejó a paso rápido, agitando sus brazos en ademanes de descontento. En seguida penetraron a la sala dos enfermeros, trayendo una camilla. Los dos se aplicaron a la tarea de trasladar al viejo de la cama No. 19. Después supimos que lo habían aislado en un cuartucho. Y dos días más tarde nos enteramos de su muerte. Mientras dirigía la curación de mi herida, le pregunté al médico jefe: —¿Así que murió el 19? — No tenía remedio. Gangrena. ¡Pobre viejo! — Y pasó a revisar al enfermo de la cama cercana, con cierta molestia.

PELOPONNESO, JAZMIN y HAMIM



ROBERTO LEDESMA. — *Trasfiguración*. Tor, Buenos Aires.

ESTE volumen (de no muy gloriosa presentación, aunque muy superior a otros productos de la culpable editorial que sabemos) no admite un juicio general. El índice lo ordena en seis partes, sin contar un soneto en letra cursiva a Froken Greta Garbo y un balbuciente prólogo que pasa del aferrismo sentimental a la discusión literaria, sin mejorar fortuna. El soneto no es menos heterogéneo, pues alterna los prosaismos de la languidez, de la obligación de rimar o del resignado descuido (Eres la que se sale del enfoque y de todos los niveles te derramas, más grande que tus films, piedra de toque de directores y de cineadramas) con los del calembour deliberado, no indigno de Muñoz Seca o de Góngora: Fuerza lineal, en signo, con el garbo de estilo Greta Garbo. Sombras, la más extensa de las partes del libro, consta de una docena de piezas. De ella destaca esta variación agradable sobre el antiguo tema del sueño como simulacro o metá-

Bibliografía

fora de la muerte (aquí más bien como disciplina o pedagogía): La Noche es una hermana (de la Muerte, que los pesados párpados Lma baja; sopla mi mente, demasiado fuerte, y me arroja una sombra, una [mortaja]. Al cuerpo educa en el estarse (finerte que conviene al tamaño de [la caja, y el alma, que no deja que [despierte, en su ciencia de olvido se [aventaja. Y una vez, como estaba [decidido, hasta este lecho en que he [dormido tanto, vendrá la otra, con el mismo [olvido, y cegará también, pila de [flanto, los ojos que hace mucho han [aprendido a cerrarse sin lágrimas ni [espanto]. El soneto es bueno, pero más memorables son estos versos de la página 26: Mañana saldré a la luz trasnochado hasta los huesos. Atardeceres es la más prescindible de las seis divisiones, pero es de las más cortas. Este fin de poema es de una incomparable debilidad: Llenen la tarde suspiros de consumidas esposas. Viento en celo que pasaba y desfloró las corolas, lleva su amor forastero por otros rumbos ahora. Y se perfuman tus pasos en un otoño de rosas. Vuelvo la página y doy con un soneto eficazísimo, cuya de liberada brusquedad y cuya sintaxis patética recuerdan uno de los modos —indiscutiblemente el mejor— de Manuel Machado: En la eterna guerra y el eterno ceno, de este mundo obscuro y esta pobre tierra, esta vida perra solo tiene bueno de la muerte el seno [el seno que aterra! No quiero estar firme sobre lodo y lodo, mas no quiero irme. ¡Oh, si hubiera sido lo mejor de todo nunca haber venido! Coplas de la espera, otra parte, es una reedición de las amenazas más incómodas y más burdas del amor andaluz, que promete matarse si lo desdefian, que hace chantage con ferretos y campanas, etcétera, etcétera.

Cielo de amor, en cambio es un buen ejercicio de aprendizaje de Enrique Banchs. Llego a la penúltima página, la 91. Releo este soneto de originalidad esencial, vindicación espléndida y suficiente de todo el libro: Alguien, que, sin tomarse [recompensas, va recogiendo todo lo que [pierdo, en cada día, sombra fiel, a [expensas de la esperanza, me agrandó [el recuerdo. Encantador, después, me [troció en oro lo que yo abandoné por [acabado, y al fin, guardián, me cuida [este tesoro, este tesoro de lo que [ha pasado. Riqueza que le tengo [rescatada a la muerte y al tiempo, y [tal olvido, fortuna hecha con lo ya [perdido, más abundante cuanto [más menguada, no me verá bastante. [enriquecido hasta saber que no me [queda nada. J. L. B.